



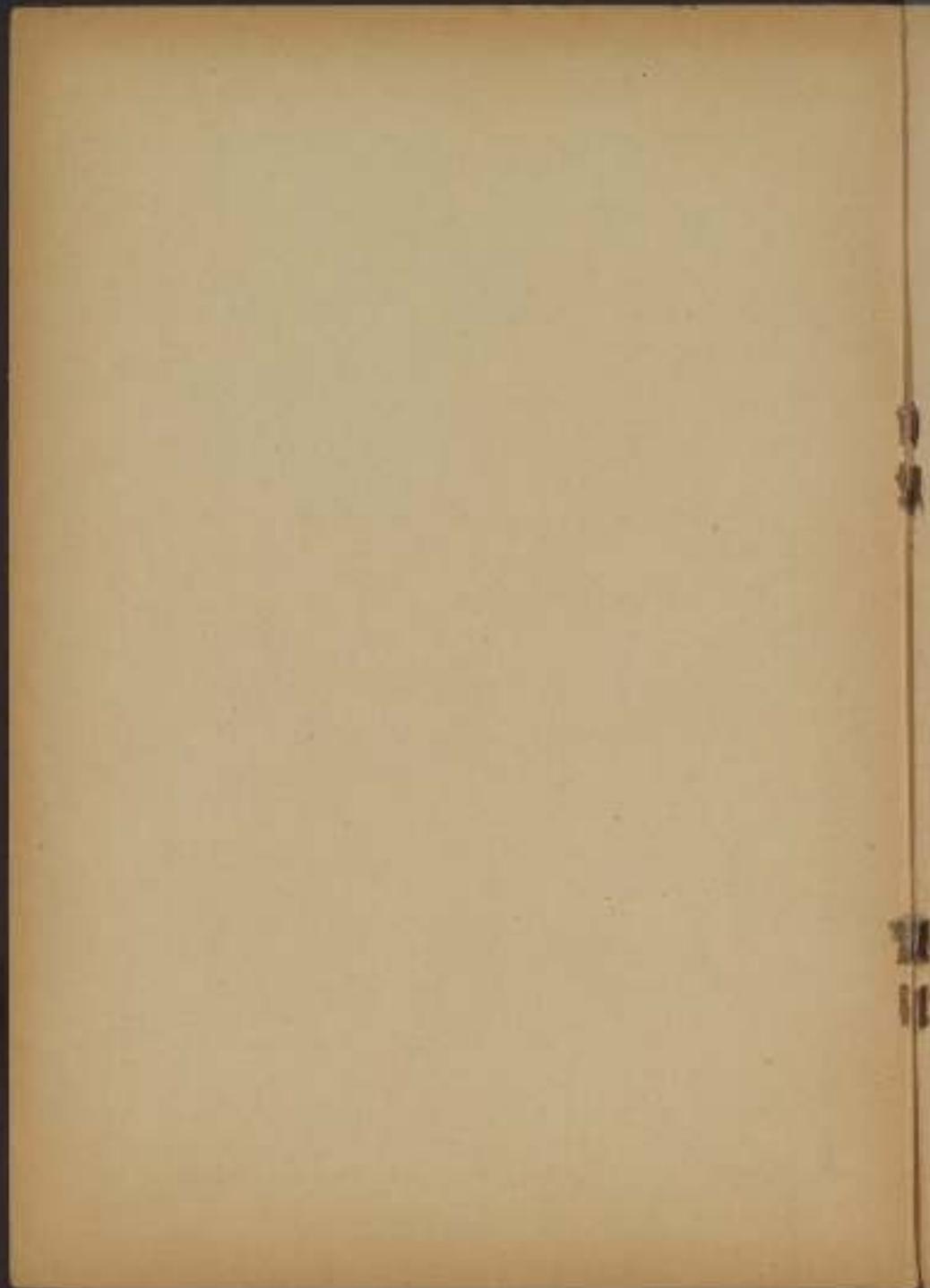
50
cgs

seleccion
films
de amor

UN CRIMEN
EN LA NOCHE



ma. deleine
soria
pitouto



SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

Distribución, Administración y Talleres:
Telereis, 224-Apartado 797-Tel. 70657-Barcelona

EDITORIAL



NUEVA
COLECCIÓN

PUBLICACIÓN
QUINCENAL

Agente de ventas: Dada. Bral. Española de Librería, Barbadó, 14 y 16-Las Ramblas

AÑO II

NÚM. 56

Un crimen en la noche

Una obra de intenso dramatismo, donde campea el misterio y mantiene el interés del público en constante tensión, hasta su final. Pabst, nuevamente nos ha demostrado ser un verdadero genio de la cinematografía, ofreciéndonos esta obra

===== maestra =====

EXCLUSIVAS
FILMOFONO

Calle Rosellón, 238
BARCELONA

Narración literario de
M. Nieto Galán

PRINCIPALES INTERPRETES

Balkany	Razenberg
Madame Lovat	Madeleine Sorta
Su hija	Colette Darfeuil
El administrador	Pierre Etchepare
El criado Antonio	Pitouto

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

UN CRIMEN EN LA NOCHE

ARGUMENTO DE
DICEA PELICULA

EL ACTOR BALKANY

En la terraza de un aristocrático club parisino se hallaban en una de las mesas varias señoras jugando. Una de las que formaban la partida era la bellísima señora Lovat, esposa del embajador del mismo nombre y mujer que gozaba de una reputación imaculada, pues en sus años de matrimonio nadie había podido conocerla la más leve historia que pudiera empañar su honorabilidad.

Tenía el matrimonio una hija de 18 años, en quien padre y madre cifaban toda su ventura, si bien, debido a la educación moderna que suele dársele a los hijos, la muchacha gozaba de cierta libertad, mientras que el embajador se cuidaba de su carrera política y su esposa de animarlo.

En aquella ocasión la joven había acompañado a su madre y junto con otras amigas miraban fijamente a una de las mesas que había a alguna distancia de ellas, donde se hallaban dos hombres.

Uno de ellos era un tipo de hombre elegante, vestía a la última moda y se advertía en sus gestos y ademanes una afectación muy diferente de la naturalidad personal. El otro era un joven regordete, de aspecto simpático y jovial, que departía amigablemente con su amigo, mientras que éste apenas si apartaba la vista del grupo que formaban las mujeres.

El primero de ellos era el actor Balkany, quien había

obtenido ruidosos éxitos en el cine, como actor y cantante y aquellos éxitos lo habían ensobrevendido hasta el punto de creerse un superbombre. Estaba seguro de que sus éxitos amorosos debían tener una continuación en la vida real y su convencimiento de que no había mujer que le resistiese era absoluto.

Además tenía la manía de la grandeza. Nacido de condición humildísima, había ido elevándose gracias a aquella casualidad artística, y su ambición desmedida le hacía pensar con un casamiento de conveniencia que le abriera las puertas del gran mundo, al cual sólo podía asomarse como un simple invitado y siempre con la etiqueta de extraño.

Su amigo, sin darse cuenta de los pensamientos del actor, miraba a todas partes esperando la llegada de su amiguita Mariette, y mientras tanto, Balkany, preguntó a su compañero.

—¿Me presentarás por fin a Madame Lovat?

—Hay que esperar a que se presente la ocasión—respondió el otro.

—¿Tan difícil es?... ¿No eres algo pariente de ella?

El amigo se echó a reír y respondió:

—No soy nada más que el administrador de sus fincas... Es decir, soy algo más, soy sobrino de leche.

—¿Sobrino de leche?—preguntó extrañado Balkany que nunca había oído aquel parentesco.

—Claro, hombre—respondió el jovial muchacho que le acompañaba—. Mi padre era su hermano de leche...

Los altavoces instalados en la terraza dejaron oír una romanza de una de las últimas películas de Balkany, y una de las muchachas que estaban con la hija de la señora Lovat exclamó:

—¡Hermosa voz!

—Es Balkany—dijo otra de ellas, haciendo exclamar a la señorita Lovat:

—Pero, ¿canta también?

—Claro que sí, mujer—respondió riendo su amiga—. ¡Todo París lo sabe!

El amigo de Balkany, ante la insistencia de éste para ser presentado, se acercó a donde estaba el Embajador y su esposa y le dijo a aquél:

—Ahí tenéis, señor embajador, al famoso actor Balkany.

Pero el embajador, ajeno a aquellos triunfos artísticos, ni siquiera se fijó en el artista y dijo a su administrador:

—Celebro que sea tu protegido, pero, nosotros nos vamos ya.

En efecto, su esposa y su hija se acercaron al grupo y la muchacha después de abrazar a su padre le dijo:

—Papá, mamá y yo no cenamos hoy en casa.

—Vamos con unas amigas al restaurant—le dijo su mujer.

—Pues que os divertáis mucho—las despidió cariñosamente el embajador, quien incluso se fué con ellas para acompañarlas hasta la puerta.

El administrador volvió a donde estaba el artista y éste le dijo irritado:

—¿Por qué no me has presentado?

—Ya has visto que ha sido imposible—le dijo el otro—. Ninguno de ellos quería detenerse. Tienen una cena política.

—Pues te advierto—exclamó Balkany—que si no me presentas, no vuelves conmigo al estudio y acabo con tus conquistas.

Ante aquella amenaza el administrador corrió a detener a la familia Lovat y les dijo:

—Un momento, quiero presentarles a mi amigo Balkany... el gran actor de cine... que desea conocerles.

Balkany, que se había acercado al grupo, saludó a las dos mujeres y al embajador, y la madre exclamó:

Lamento mucho que nos tengamos que marchar, señor Balkany.

La muchacha, como toda jovencita a quien deslumbra el brillo del éxito, lamentó aquella rápida marcha y exclamó dirigiéndose a su madre:

—¿Qué prisas!... Podíamos quedarnos un poco más! ¡Me gustaría ser amiga suya!

Pero su madre, con un tono enérgico que no admitía réplica alguna, repuso:

—No perdamos tiempo que nos esperan.

Se despidieron inmediatamente de Balkany y éste quedó avergonzado al ver el poco caso que habían hecho de él. Su indignación era mayor aún que su vergüenza y exclamó:

—¡Fracasado!

Su amigo quiso consolarle de aquel fracaso y le dijo:

—Era mala ocasión... Ya viste que tenían prisa... Tienen una cena política.

Pero Balkany no admitía explicación y exclamó en el mismo tono de indignación:

—Estoy harto de que me traten como a un polichinela...

Se levantó y dijo a su amigo:

—Paga y vámonos.

El administrador llamó al camarero y mostrándole la consumación que habían hecho le dijo:

—Añádalo a la cuenta del señor Lovat.

—Está bien, señor—respondió el camarero acostumbrado a hacerlo muchas veces.

—Echaron a andar camino de la casa del administrador y Balkany, siempre con la idea de introducirse en el gran mundo, le dijo:

—He de engañar al embajador con su propia mujer. Me darás una habitación en la casa donde ellos viven.

—Su amigo lo miró estupefacto y al fin, creyendo que se trataba de una broma, le respondió:

—¡Qué cosas tienes!... ¡Qué sería de mí!

Y al ver que Balkany llamaba un coche para subir a él preguntó:

—¿Vas a seguirlos?

Balkany sonrió y le dijo:

—No, voy a adelantarlos.

Llegaron, en efecto, antes de que la familia Lovat pudiera llegar a su domicilio y en la puerta de la casa el administrador intentó varias veces hacerlo entrar y ante la negativa del actor le dijo:

—Entra de una vez... ¿No ves que van a llegar de un momento a otro?

—Eso es precisamente lo que quiero—respondió Balkany—. Tengo interés de que ella me vea aquí.

—Pero, ¿para qué?... Si madame Lovat es una mujer imposible.

—Balkany convencido de su donjuanería respondió fatuosamente:

—No hay mujer imposible.

Su amigo se daba cuenta de que su situación se estaba

haciendo cada vez más comprometida y recomendó al actor:
—Si quieres molestar a mi patrona, hazlo; pero al menos no me comprometas.

En aquel momento llegó la señora Lovat y Balkany, que seguía hablando con su amigo, se descubrió galantemente, mientras ella pasaba sin dirigirle, siquiera, una mirada. Una vez que hubo pasado el administrador le dijo:

—¿Volverás al estudio?

—Pasado mañana—respondió Balkany—. Mañana tengo que cambiarme de domicilio. Vendré a vivir aquí.

—¿Me llevarás al estudio entonces?—preguntó otra vez el administrador.

Balkany sonrió. Sabía de sobras los motivos por los que su amigo quería ir al estudio y le dijo:

—Siempre tras de las chiquillas. ¿Qué diría tu amiguita si se enterase?

—El administrador sintió que un escalofrío corría por todo su cuerpo y se apresuró a decirle:

—No, ella no se enterará... Si lo supiese me mataba...

Los dos amigos se despidieron y Balkany se fué a su casa dispuesto a cambiarse inmediatamente para poder estar más cerca de madame Lovat.

UN NUEVO INQUILINO

Al día siguiente el actor Balkany, tal y cómo había dicho a su amigo, se presentó como nuevo inquilino de uno de los pisos desalquilados de la casa en la que él era administrador y en donde vivía la familia Lovat.

Su criado inseparable, el célebre Antonio, que miraba a su amo como a un ser sobrenatural, fué el que se cuidó de toda la instalación y mientras tanto el actor cuidaba de todos

los detalles con el fin de llamar la atención de madame Lovat.

Hacia más de una semana que Balkany habitaba su nueva casa y todavía no había encontrado la ocasión de poderse encontrar con madame Lovat a solas. Desde el interior de su cuarto miraba a la calle, puesto que había visto a madame Lovat despidiéndose de su marido. Su amigo, al verlo mirar tras los cristales, le preguntó:

seguro.

Balkany, sin volverse, exclamó, despectivamente:

—Las mujeres y yo... ¡No seas ridículo!

—¡Pero, hombre!—siguió diciéndole su amigo—, ¿Quieres escucharme?

Y al mismo tiempo intentó retirarlo del balcón. Balkany, en broma y en veras, le dió una sonora bofetada diciéndole:

—Toma por interrumpirme.

Y al ver que el administrador adoptaba un aire serio, se acercó a él amablemente y le dijo:

—¿Te has enfadado?... Bien sabes que ha sido una broma.

—Si es broma pase—respondió el administrador—, pero te suplico que no la repitas. Me duele la cara como si me hubiesen dado con un martillo.

Balkany, que había vuelto a su observatorio, de pronto cogió el sombrero y se fué hacia la puerta, mientras su amigo le preguntaba extrañado:

—¿Dónde vas?

—Al abordaje—respondió desde la puerta Balkany.

Echó a correr escaleras abajo y llegó al portal al mismo tiempo que entraba madame Lovat. Balkany haciendo ver que llegaba tras ella le abordó diciéndole:

—Perdón... Servidor.

Madame Lovat que tenía ya puesta la mano en la puerta del ascensor la abrió respondiéndole, antes de que el pudiera presentarse:

—Ya sé... nuestro inquilino señor Balkany.

—El mismo, pero no era eso lo que quería decirle—respondió él—. Necesito hablarla... Es muy importante.

Madame Lovat adivinó las intenciones del actor y mirándole fijamente le respondió:

—Si es referente a alguna queja o demanda, dirígese a nuestro administrador.

Pero Balkany no cedía en su empeño e insistió diciéndole:

—Escúcheme por favor... Quiero serle sincero... Me impresionó desde que la vi... Fue hace seis meses... Recuerdo todos los detalles... Cierro los ojos y os veo como en aquel día inolvidable...

Madame Lovat lo miraba sorprendida, aun cuando ya había advertido la actitud del actor, pero nunca creyó que su atrevimiento fuera tanto y Balkany, aprovechando aquel silencio, siguió diciéndole cada vez más vehementemente:

—Sin usted me moriría...

Madame Lovat sonrió burlescamente y le respondió:

—El cine le hizo muy impetuoso, señor Balkany...

Este, cada vez más apasionado, volvió a insistir diciéndole:

—No se burle, se lo ruego... Créame... La adoro y sólo deseo estar junto a usted.

—Decididamente, la declaración ha sido completa—respondió ella en el mismo tono y haciendo ademán de entrar al ascensor por lo que, siguiéndola hasta allí, le dijo:

—Un instante más... Necesito convencerla...

En aquel instante apareció la hija del señor Lovat y al ver a su madre con el actor exclamó:

—¡Oh, mamá!

Su madre la besó y le preguntó a seguido:

—¿A dónde vas?

—A ver a Alicia... Enseguida volveré.

Hizo una leve inclinación de cabeza al actor, que correspondió al saludo en igual forma y salió de la casa, mientras que Balkany se metía también dentro del ascensor con gran asombro de madame Lovat que le dijo:

—¡Qué impertinencia!

Balkany sonrió sin ofenderse por el tono con que le hablaba la señora del embajador y respondió:

—El ascensor es para los inquilinos.

—¡Grosero!—le dijo madama Lovat.

—¿Lo dice usted porque uso el ascensor?—preguntó él, sin darse por aludido—. Vine a vivir aquí solamente por usted... Así podré estar más cerca de usted.

El ascensor había llegado al cuarto piso y Balkany lo

detuvo. Al mismo tiempo que abría las puertas para salir le dijo:

—Vivo aquí... Una noche vendrá usted... ¡Cuando todo duerma, mis brazos la recibirán!

Madame Lovat, indignada por aquel atrevimiento, le dijo sofocadísima:

—Cierre usted o grito.

Balkany cerró las puertas del ascensor para que pudiera subir la señora Lovat, pero no sin decirle antes convencido de que sería tal y como él pensaba:

—La dejo a usted porque sé que vendrá...

Madame Lovat apretó el botón correspondiente a su piso y el ascensor subió, mientras que Balkany entraba alegremente a su casa, donde el administrador lo esperaba para preguntarle:

—¿Que tal?... ¿Cómo ha ido la entrevista?

—¡Victoria!—exclamó alegremente Balkany.

—¿Victoria?—preguntó extrañado el administrador.—
¡Eres irresistible!

—Comencé bien—siguió diciendo el actor con cierto aire de conquistador.— ¡Venceré! Las mujeres quieren que se las conquiste...

—Sí, es verdad—respondió el administrador, que no ponía en duda el poder irresistible de su amigo—, pero lo que es madame Lovat...

—Madame Lovat es lo mismo que todas... Esto es un asunto que ya está hecho...—terminó diciendo Balkany, mientras que su amigo no hacía más que llevarse la mano a la cara por el dolor que aún tenía, efecto de la bofetada que su amigo le había dado.

EMPIEZA EL MISTERIO

Pasaron varios días, más de una semana, y Balkany dió comienzo a una nueva producción. Nuevamente su nombre apareció con grandes caracteres en los diarios anunciándolo como el protagonista de una producción, y una de las tardes, cuando estaba realizando una escena, el director lo felicitó por la humanidad que imprimía a su papel y le dijo al final:

—Aquí hay dos señoritas que quieren saludarle.

Balkany miró hacia las dos muchachas que habían ido al estudio y en una de ellas reconoció a la hija de madame Lovat.

Se acercó galantemente a ellas, mientras los obreros del estudio trasladaban los grandes tableros del decorado y al ir a dar la mano a la compañera de la señorita Lovat se interpuso un obrero con uno de aquellos decorados y tuvo que esperar a que éste pasase para poder saludar a la joven, que le dijo:

—Le he visto interpretar esa escena del "Ballet" y está usted admirable.

—Me encanta que les haya parecido así—respondió galantemente—. Es usted muy amable.

—Quisiera, además, un recuerdo de usted—siguió diciéndole la joven—. ¿Quiere firmarme un retrato?

—Con mucho gusto—respondió Balkany.

Tomó las dos fotografías que le entregaba la muchacha y firmó ambas, entregando cada una de ellas a las dos muchachas.

Siguieron hablando un rato, hasta que al fin Balkany les dijo:

—Ustedes me perdonarán, pero necesito cambiarme de ropa y quitarme el maquillaje.

—Sí, sí, vaya usted—le respondieron las chicas que salieron alegremente del estudio, mientras que el actor se encerraba en su cuarto, donde su criado Antonio le tenía todo preparado para cambiarse.

Al entrar le preguntó:

—¿Algo nuevo, Antonio?

—Su ex-amante, la señorita Yolanda, ha llamado.

—¿Le contestaste?

—Sí, señor, le dije que volviera dentro de un par de meses.

—Has hecho bien. Siempre que pregunte dale un plazo igual.

Llamaron a la puerta y entró el "regiseur", que al ver que se estaba quitando el maquillaje exclamó extrañado:

—¿Se está usted quitando el maquillaje?

—Claro que sí — respondió tranquilamente Balkany —. Son las seis y ya he terminado.

—Es que vamos a continuar filmando toda la noche.

Balkany miró casi agresivamente al regiseur y le respondió:

—¡Yo no! ¡Veré al director, si es preciso, pero yo no filmo esta noche!

Y sin perder tiempo fué a ver al director y le dijo:

—Me dicen que trabajaremos hasta muy tarde... necesito irme a la once.

El director miró sus apuntes y respondió:

—Es difícil... Pero, en fin, ya miraremos la forma de confirmarlo.

Confío en usted—volvió a decir Balkany—. A esa hora tengo una cita con una dama y no puedo faltar a ella.

—Pues confie que estará listo para esa hora, Balkany— respondióle el director.

Y en efecto aquella noche a las once estaba ya Balkany en su casa, a donde le había acompañado su inseparable administrador que vivía en la misma casa.

El pobre aun tenía la cara hinchada del bofetón de su amigo y cuando sonaron las doce se quitó los zapatos y sin que nadie lo viera salió quedamente para dirigirse al piso donde vivía su amante.

Al salir a la escalera sintió pasos de mujer y se detuvo contra la pared, para impedir que lo vieran. Le protegía la oscuridad, ya que apenas si podía distinguirse los dedos de la mano.

Los pasos fueron acercándose hasta que, por fin, se detuvieron en el piso cuarto, sin que el administrador pudiera pre-

cisar a quien pertenecían. Lo que no le cabía duda es que eran de una mujer, pero, así y todo, su espíritu apocado sintió miedo y corrió más que a prisa al piso donde lo esperaba su amante, que, al oír llamar el timbre, acudió presurosa.

El administrador se sentó, y, casi sin fuerzas para respirar, le dijo:

—¡Que miedo he pasado!... Me crucé con alguien en la escalera... Estoy seguro de que era una mujer, pero no pude ver quien era...

—Se sentó junto a su amiga, que al verle la cara le preguntó:

Pero, ¿qué te pasa en este carrillo?

—Nada, que está hinchado... ¿Se ve mucho?

—Muchísimo—respondió ella acariciándole—¿Te duele, alma mía?

Y mientras los dos seguían haciéndose arrumacos, en el piso cuarto, en el departamento de Balkany, entraba una mujer, que por las precauciones que tomaba, debía tener miedo de que alguien pudiera verla entrar allí.

Al día siguiente por la tarde, cuando Balkany terminó de trabajar en el estudio, estaba en su camerino y le sorprendió la visita de su ex-amante Yolanda, que le dijo al entrar:

—Siento molestarte, pero como llevas dos meses sin enviarme nada... Un chico cuesta dinero!

Balkany que estaba ya cansado de las peticiones de aquella mujer, le respondió indignado:

—Pero, ¿es que lo crías con caviar?

—Lo crió como debe criarse... Con que ya lo sabes.

—Lo que no sé es cuando me vas a dejar en paz—respondió Balkany de mal humor.

La muchacha, sin preocuparse de su mal humor, le respondió:

—Dame dinero y te dejo.

—No tengo dinero aquí—le contestó Balkany—. Te lo mandaré.

—¿Quieres que vuelva a por él?—le preguntó ella socarronamente.

Balkany la miró algo asustado y le preguntó intranquilamente:

—Piensas perseguirme?

—No lo temas... Ya supongo que vivirás con otra.

—Te equivocaste—se apresuró a decirle Balkany—. Vivo en una casa bien...

—Mejor que mejor—respondió ella sonriendo burlona—. Quieres decir que vives en una casa sin lios... Me gusta eso... Nunca me gustó la bohemia... Además, así podrás encontrar la forma de casarte bien... Quiero decir con una muchacha que tenga dinero.

—¿Es lo único que te falta!—exclamó colérico Balkany—. Llámame cazador de dotes...

Pero Yolanda, sin hacer caso del malhumor de su amigo se acercó a él y pretendiendo acariciarlo le dijo:

—Sígues tan colérico como siempre... Lo que tu tienes es neurastenia... ¡Vete al campo!

Balkany miró a su ex-amaute y le dijo:

—¿Estás loca?... ¿Dejar París ahora?... Es imposible.

Y mientras discutían los dos ex-amantes de si era o no conveniente salir de París, daba la casualidad que esta misma discusión tenían madame Lovat y su hija, la cual quería a toda costa salir de París, mientras que su madre buscaba reparos para aquel viaje y le decía:

—¿Marcharnos ahora de París?... ¡Es imposible!... Hace un tiempo espléndido y sería una lástima!

—Ya empieza el verano—le dijo su hija—. Nuestras amistades han empezado ya a salir...

Pues por ahora es imposible—insistió su madre.

—¿Pero, por qué?—volvió a preguntar su hija, que al ver que todas las amistades marchaban de París, no podía comprender aquel interés que su madre tenía en quedarse.

Madame Lovat, al ver aquella insistencia le dijo:

—Te desconozco... Tú, ¿egoísta?... Tu padre será ministro...

—Pues que se quede papá—respondió la muchacha—. De todas formas apenas si le vemos. Anda, mamá, vámonos fuera...!

—Basta—exclamó madame Lovat enérgicamente—. No vamos a dejarle por un capricho tuyo... Voy a buscarle al Senado.

Salió de la sala y su hija, entristecida por la negativa ma-

terna se sentó al piano y empezó a tocar una pieza que estaba de moda en París.

No hacía cinco minutos que estaba tocando cuando se presentó un criado y le dijo:

—Señorita, la llaman al teléfono.

La muchacha acudió al aparato y respondió a la llamada diciendo:

—No, no vengas... Yo iré a verte... Adiós.

En el Senado había acabado la sesión, y Lovat esperaba la llegada de su esposa que le había prometido ir a buscarlo. Se extrañó de que ésta aún no hubiera llegado y cuando ya iba a tomar otro coche apareció el suyo llevando en su interior a su esposa, que le dijo cariñosamente:

—¿Te hice esperar?

—Un poco—respondió bondadosamente su marido—. Tengo alguna prisa, porque me ha llamado el Presidente del Consejo.

—Entonces, llévate el coche—le dijo su mujer.

—No es necesario, tomaré otro...

—Yo iré a pie—insistió su mujer—. Estoy muy nerviosa y me conviene andar un poco...

El embajador subió a su coche y su esposa se fué andando hacia su casa, esperando que el fresco del atardecer aplacara un poco sus nervios.

LA DESAPARICION DE BALKANY

Era el último día de filmación y por todas partes se buscaba a Balkany sin encontrarlo. El "regiseur" corría de un estudio a otro preguntando por él y en ninguno de ellos le daban razón de Balkany.

El pobre hombre estaba medio loco al ver que el principal personaje de su obra no estaba a la hora convenida.

Buscó por todos los cuartos, preguntó a todos los artistas, indagó por todas partes, pero todo fué inútil. A Balkany parecía que se lo había tragado la tierra. Por fin dió con su criado y le preguntó:

—¿Y Balkany?... ¿Dónde está Balkany?

—No ha llegado todavía—respondió el criado—. Salió y no ha vuelto.

—¿Que no ha llegado? — exclamó iracundo el "regiseur"— ¡Hacerme esto el último día!

Antonio se encogió de hombros sin saber que hacer y el "regiseur" le dijo:

—¿No se te ocurre nada?

—Nada—respondió asustado Antonio.

—¡Pero telefonéale al menos, idiota!—exclamó el "regiseur", cogiéndolo por un brazo y llevándosele al teléfono.

Antonio se dejó llevar por el "regiseur" y llamó al número de la casa de Balkany. Durante unos segundos nadie respondió y se volvió hacia el "regiseur", diciéndole:

—No contesta... ¡Ah! ¡Por fin!... ¡Ya descuelgan!

—¡Soy yo, señorito!—siguió diciendo el criado—. ¡Le están esperando!...

Pero sus palabras quedaron sin respuesta y al fin tuvo que decir al "regiseur":

—No contesta, o no quiere...

—¡Dame acá!—exclamó el "regiseur", apoderándose del aparato telefónico y gritando a continuación:

—¡Oiga, Balkany!... ¡Balkany!... Pero, ¿quiere contestar?... ¡Oiga!... ¿No quiere contestar... Pues iré a buscarle.

Dejó el teléfono y se encaró con Antonio diciéndole:

—Toma un taxi y trácelo volando... Si no viene será peor para él y para tí...

Antonio, ante la amenaza, salió inmediatamente del estudio, tomó el primer taxi que pasó libre y se dirigió hacia la casa donde vivía Balkany.

En la puerta se encontró con el portero a quien preguntó:

—¿Salió el señor Balkany?

—No—respondió el portero—. Está en casa. Hacia las seis, a la hora de subir el correo, él que telefoneaba...



- ¿Te duele aún miya?



- Lamento, señora, tener que hacerle algunas preguntas.





- ¿Fue usted la amante de Balkany?



- Soy yo la amante de Balkany.



- Firme su declaración.



- ¡No diré nada!





- ¿Le gusta mi voz?



- ¿Cuándo anuncias
nuestras relaciones?

Antonio echó a correr por la escalera principal sin hacer caso al portero que le gritaba:

—¡Eh!... ¡Por la escalera de servicio!

Pero la prisa de Antonio era tal que no se detuvo ante la indicación del portero y en dos segundos se puso ante la puerta del piso de su amo.

Llamó repetidas veces y en vista de que nadie le contestaba sacó el llavín que siempre llevaba consigo y abrió la puerta.

No hizo más que entrar cuando volvió a salir con la cara lívida de espanto y gritando:

—¡Socorro!... ¡Socorro!...

Mientras él bajaba con aquella precipitación un caballero le había precedido y al ganar la puerta, en su precipitación, tropezó con madame Lovat que llegaba. Se quitó galantemente el sombrero y dejó a ésta paso hacia el ascensor.

Apenas había llegado madame Lovat a la habitación donde estaba su hija, cuando se oyeron las voces demandando socorro y la joven, asustada, se abrazó a su madre, que le dijo para calmarla...

—Sociégate... no será nada... No te asustes...

Pero Antonio seguía bajando como un rayo, y seguía también gritando:

—¡Socorro!... ¡Socorro!

Así llegó hasta la puerta y el portero le preguntó alarmado:

—¿Que ocurre?... ¿Que pasa?

—¡Le han asesinado!... ¡Le han asesinado!

—¿A quién?—preguntó el portero.

—Al señor Balkany... ¡Le han asesinado!

El portero llamó inmediatamente a la policía y minutos después se presentaba el comisario con dos agentes, diciéndole al portero:

—No deje usted salir a nadie de la casa... ¡Absolutamente a nadie!

Está bien señor—respondió el portero, abriendo las puertas del ascensor para que pudieran subir los policías al cuarto de Balkany.

Uno de los inquilinos, que era médico, se ofreció a los policías para prestar ayuda a la víctima.

El médico reconoció el cuerpo de Balkany y al fin dijo a los policías:

—Murió hace poco...

—Sírvase dar ese dictamen al Juzgado—le ordenó el comisario.

Este se dirigió entonces a Antonio y le preguntó:

—Usted, ¿quién es?

—Soy Antonio, el criado del señor Balkany.

—¿Es cierto que le telefonó usted a las seis y cuarto?

—Sí señor—respondió el criado—. Al principio el teléfono hacía "Brrrrrrrr", luego oí que descolgaban el teléfono y que hacía "crac".

Apareció en aquel instante el Juez y dirigiéndose al Comisario lo saludó diciéndole:

—Hola, ¿en qué está ahora?

—Estaba interrogando a éste... Era criado del muerto.

El Juez empezó a mirar por las habitaciones y al llegar al saloncito donde estaba el teléfono vió el auricular descolgado y preguntó a los policías.

—¿Ha telefonado alguien?

El Comisario y Antonio se acercaron al Juez y el primero de ellos le respondió:

—Nadie.

—¿Pues cómo está el teléfono descolgado?

Antonio se apoderó del auricular y exclamó.

—Repito que oí descolgar.

Tanto el Juez como el Comisario se lanzaron sobre Antonio para que soltase el auricular y el Juez ordenó al policía:

—Procuren obtener huellas digitales...

—Será difícil, después de haberlo tocado ese imbécil.

El Juez salió hacia donde estaba la víctima y preguntó al médico:

—¿Qué cree usted?

—A mi manera de ver, tiene todos los aspectos de un suicidio... La ropa chamuscada... la posición en que se halla...

El Juez se echó a reír irónicamente y le dijo:

—¿Un suicida que resucita para telefonar en la antecámara?

En aquel momento entró el portero, habló algo con el criado y Antonio corrió a donde estaba el Juez diciéndole:

—Señor Juez el portero dice que vió salir al asesino.

Inmediatamente empezaron a tomarle declaración, pero el portero rectificó diciéndole:

—Yo no he dicho tanto... Solamente he dicho que vi a un hombre que salía muy aprisa.

—¿Quién era?—preguntó el Juez.

—No puede verle... Solamente me acuerdo que tropezó con madame Lovat... Ella se habrá fijado.

El juez quedó un momento callado, como si pensara en algo y al fin preguntó de nuevo al portero:

—¿Sabe usted si la víctima recibía de noche?

—Nunca tuve que abrir a nadie que preguntara por él—respondió el portero.

El Juez comprendió que nada sabía aquel hombre y le dijo:

—Está bien, puede retirarse ya. ¡A ver el criado?

Antonio se presentó y el Juez le interrogó diciéndole:

—¿Qué relaciones tenía su amo?... ¿Recibía visitas de noche?

—No puedo decirlo—respondió, el criado.

El Juez lo miró extrañado y le dijo:

—¿Se niega usted a declarar?

—No es eso, señor juez—respondió Antonio—. He querido decir que yo no la vi nunca.

—¿Que no la vió nunca?—preguntó el Juez con interés—. Luego, ¿venía una mujer?

—Sí, señor, pero el señor Balkany me encerraba para que no pudiese ver quien era ella.

—¿Pero usted escucharía como todos los criados y sabrá quien es ella?

—No, señor—respondió Antonio—. Nunca me interesé por los asuntos amorosos de mi señor.

—¿Y a qué hora le encerraba a usted?—inquirió de nuevo el Juez.

—Muy tarde. Cuando salía por la mañana ya no estaba.

El Juez le mostró entonces el arma que se había encontrado al lado de la víctima y le preguntó:

—¿Conoce usted esto?

—Sí, señor—respondió en seguida Antonio—. Es la pistola de mi señor. La limpié muchas veces...

—Está bien—terminó diciendo el Juez.

Poco después, dejándose llevar por la declaración del portero, el juez subió al piso donde vivía el embajador Lovat y le dijo amablemente:

—Señor Embajador... Soy el Juez Beauchamp. Por tratarse de usted intervengo personalmente.

El embajador lo hizo entrar al interior de la casa y le ofreció un asiento, mientras que el juez le decía:

—Necesitaría ver a su esposa... ¿Supongo que ya se habrá enterado de que ha sido asesinado el señor Balkany?

—Sí, acabo de enterarme al entrar...

—¿Conocía usted al muerto?

—Le conocía de vista... Algo me contó mi mujer, pero es mejor que se lo cuente ella misma... Aquí está.

En efecto, madame Lovat, llamada por un criado, había acudido al llamamiento de su marido y éste le presentó diciéndole:

—Querida, el señor Juez...

El Juez se inclinó respetuosamente y le dijo:

—Lamento señora tenerle que hacer algunas preguntas.

Madame Lovat hizo un esfuerzo por aparecer serena y respondió con igual amabilidad:

—Estoy a su disposición:

Ofreció asiento al Juez y ella se sentó en frente, mientras que aquél le hacía las siguientes preguntas:

—Según su esposo, ¿conocía a la víctima?

—Tanto como conocerla no—respondió ella— Me refería a que hace mes y medio, tomando un día el ascensor, le vi como esperando algo. Comenzó hablándome como inquilino, luego se me declaró, hasta el punto de tenerle que rechazar violentamente... Enteré de todo esto a mi marido... Incluso intentamos desbancarle, pero luego lo dejamos correr...

—¿Y a que hora regresó usted hoy?

—A las seis y media—respondió madame Lovat.

—¿A pie?

—Efectivamente—confirmó madame Lovat— Vine dando un paseo.

—¿Y no se cruzó con alguien en el portal?

Madame Lovat quedó un momento pensativa y al final respondió:

—No, no recuerdo haberme cruzado con nadie.

—Sin embargo, el portero asegura que tropezó usted con un hombre que bajaba precipitadamente... Recuerde bien.

—Sí—exclamó madame Lovat, como quien de pronto hace memoria—. Es verdad... Pasó un hombre cuando iba al ascensor... Pero no me fijé bien... Me parece que iba vestido de oscuro... llevaba un sombrero blando...

—¿Le reconocería si le volviera a ver?

—No lo creo—respondió ella—. Fue tan rápido todo...

—No obstante mañana podrá verle y aclarará si es o no el que tropezó con usted.

Y dando por terminado su interrogatorio, salió de la casa del embajador, después de excusarse nuevamente por las molestias causadas.

LA INVESTIGACION CRIMINAL

Al día siguiente, tal y como el Juez había dicho, el individuo que salía precipitadamente cuando entraba madame Lovat fue detenido y el juez le ordenó bajar por la escalera en igual forma que el día anterior.

Este individuo que demostraba tener un genio de mil diablos, no tuvo más remedio que hacer lo que se le ordenaba y cuando hubo terminado, el Juez le preguntó a madame Lovat.

—¿Era él—

Esta dudó antes de responder. Dudaba entre dar una afirmación y una negativa y al fin exclamó:

—No, no era él.

El individuo sonrió amablemente y exclamó:

—Se equivoca usted, señora, fui yo el que tropezó con usted.

Madame Lovat no supo que decir, y el individuo en cuestión siguió explicando:

—No tengo nada que ocultar. Estaba con mi tío, se me hizo tarde y bajé corriendo para alcanzar el tren de Versalles... ¿Puedo retirarme?

—¿Todavía no—respondió el Juez—. Tiene usted que pasar por mi despacho para aclararme algunas dudas.

—Me quejaré a la prensa... Esto es intolerable, con el trabajo que yo tengo—exclamó indignado el individuo...

Pero quieras que no, no tuvo más remedio que quedar a disposición del juez.

Una de las primeras personas que fueron citadas para declarar sobre la vida de Balkany fué, desde luego, Yolanda. Esta acudió al despacho del juez quien le preguntó:

—¿Usted fué amante de Balkany?

—Fui su novia—respondió ella.

El Juez sonrió comprensivo y exclamó:

—Perdóname... Quedamos en que usted fué novia de Balkany, y ¿que más?

—Pues que tuvimos un hijo—dijo la joven.

—¿Cuántos años tuvieron relaciones?

—Tres años. Nos separamos hace casi dos. Ahora tengo otro novio.

—¿Y desde la separación... se han vuelto a ver alguna vez?

—Sí, para recoger la pensión del niño.

—¿En su casa?—preguntó el Juez.

—No—exclamó ella—; se hubiese enfadado.

El Juez permaneció unos segundos leyendo unas notas y le preguntó nuevamente:

—¿Qué hizo usted ayer entre cinco y siete?

Yolanda se echó a reír y bajando los ojos avergonzada respondió:

—No puedo decirlo.

—Le advierto que esto no es cuestión de broma—le dijo seriamente el Juez—. Responda.

—¿Y he de decirlo todo?—preguntó Yolanda mirando de soslayo al juez.

—Claro que sí.

—Pues... pues, estuve con mi amigo.

—¿Su prometido?—preguntó el Juez.

Ella movió la cabeza negativamente e insistió diciéndole:

—Mi amigo... amigo...

—Bien, ¿y qué?

—¿Quiere que se lo cuente todo?—le preguntó de nuevo.

—Asolutamente todo.

—Pues si usted lo manda—replicó Yolanda bajando la vista al suelo, no pudiendo resistir cierto rubor...

Se acercó más al juez y en voz baja empezó a decirle lo que había hecho durante aquellas horas hasta que el juez la atajó diciéndole:

—No diga más detalles... Basta con que diga la hora y el sitio... ¿Que carácter tenía Balkany?

—Era un tipo raro—respondió Yolanda—. Un pesimista. Pensando siempre en suicidarse.

—¿Tenía enemigos?

Yo no le conocí ninguno.

—¿Y por qué no se casaron ustedes teniendo un hijo?

—Porque él aspiraba a una gran boda... Tenía la monomanía de la grandeza...

En esto entró un empleado del juzgado, se acercó al juez y le dijo ciertas palabras en voz baja que hicieron que el juez expresara cierto asombro en su rostro. Se levantó de su asiento y le dijo a Yolanda:

—Firme su declaración y retírese.

Una vez lo hubo hecho, el juez se fué a una habitación reservada y se encontró allí con madame Lovat.

La actitud de la dama era en extremo alarmante. La palidez de su rostro denotaba que interiormente debía sufrir intensamente y el juez le ofreció un asiento ante su mesa diciéndole:

—Usted dirá a que tengo el honor...

—He venido porque en mi declaración olvidé decir algo...

—¿Algo sobre el asunto de Balkany?—preguntó el juez algo extrañado.

—Sí—respondió madame Lovat, haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma—. Usted prometió que descubriría a la amante de Balkany... ¿No es cierto?

El juez afirmó con un gesto y ella continuó diciendo:

—Si cometo a otra persona ajena al crimen... ¿lo sabrá la prensa?

—Seré reservado—respondió el juez.

—Pues bien—dijo ella—. Yo sé quien era la amante de Balkany... Era yo su amante.

—¿Usted?—exclamó el Juez, casi sin poder creer lo que oía.

Madame Lovat con la vista clavada en el suelo siguió diciéndole:

—Es horrible confesarlo... Me avergüenza decirlo... Pero lo prefiero todo antes de que mi marido lo sepa... ¡El que es tan bueno!... ¡Eso sería matarlo!...

—¿Tienen ustedes hijos?—le preguntó el juez emocionado por aquella espontánea declaración.

—Una hija de 18 años—respondió ella—. Los tres éramos muy felices, hasta que surgió Balkany... Desde que le conocí fui otra... como si mi cuerpo fuese otro también... Por la noche, a pesar mío, buscaba la aventura...

El Juez se la quedó mirando y al fin le preguntó:

—¿Y a que se debe esta dolorosa declaración?

—Porque he sentido miedo... Los policías buscaban incansables... Hallarían un indicio... Llegarían hasta mí... ¡Se lo suplico!... ¡No me acose más!... ¡No me descubra!

—¿Y sabe usted quién le mató

—No — respondió ella.

—Reflexione usted antes de responder — le dijo el juez.

—¿Está usted segura de que no fué usted a verte el día del crimen?

—Estoy segura de que fui a buscar a mi marido... Hacia las seis nos separamos y llegaría a casa hacia las seis y media...

—Está bien — terminó diciéndola el juez—. ¿No tiene usted nada más que decirme?

—Nada más — respondió ella.

—Pues quede usted tranquila de que nadie sabrá que usted era la amante de Balkany.

La acompañó hasta la puerta y mandó llamar al individuo que había tropezado con madame Lovat, a quien le dijo:

—Firme usted su declaración.

—¿Y para esto me hace usted perder el tiempo? — exclamó indignado el declarante. Pero el juez, sin hacerle ningún caso, salió del despacho para proseguir sus investigaciones.

LAS SOSPECHAS DE LOVAT

A pesar de todo, el señor Lovat había advertido cierta actitud en su esposa, que no lo dejaba del todo convencido. Además, cierta conversación tenida con su administrador, había hecho nacer en su corazón ciertas dudas y para aclararla mandó llamar a la doncella de su esposa y le preguntó de pronto:

—¿Usted tenía relaciones con el señor Balkany?

—No, señor embajador — respondió la muchacha.

—Pues el administrador la vió a usted una noche...

—¡Miente! — exclamó la doncella—. El día que mataron o murió el señor Balkany no, todavía no estaba yo al servicio de la señora.

—Es cierto — respondió el embajador—. Perdóneme y retirese. Digale a Segundo que venga.

Entró Segundo que era el criado y le dijo:

—¿Sabe usted dónde está la anterior doncella de mi esposa?

—¿No recuerda el señor? — preguntó extrañado el criado—. Fue al hospital y murió allí.

Quedó durante unos segundos paseando por su despacho,

—Está bien, puede retirarse.

hasta que por fin salió a donde estaba su esposa y le dijo:

—Cada vez hay más misterio en la muerte de ese Balkany.

Su mujer intentó mostrarse serena y le respondió:

—¿Por qué te preocupas?... No te mezcles tú en estos asuntos.

Su esposo se quedó mirando fijamente a su esposa. Aquel interés que ella demostraba en que él no se mezclase en el asunto Balkany aumentaba más sus sospechas y, sin poderse contener, le dijo:

—Nuestro administrador vió a una mujer que iba de este piso al de Balkany...

Madame Lovat, sorprendida por aquellas palabras, no encontró otra salida que responder:

—¿Sería tal vez mi doncella?

—Todavía no estaba aquí cuando ocurrió el accidente—le contestó su marido,

—Sería tal vez la pobre Marise — le dijo su esposa.

—Es imposible — exclamó el embajador—. Fué al hospital a primeros de junio y estuviste unas semanas sin doncella... Y no siendo ellas...

Madame Lovat se levantó agitadaísima y exclamó:

—¿Tal vez mienta el administrador?

—Dice que al día siguiente fué al dentista...

—¿Lo has comprobado? — preguntó su esposa.

—No, pero lo haré hoy mismo.

Y en efecto, aquel mismo día fué a casa del dentista que le había indicado el administrador y comprobó que había estado allí su administrador.

Volvió nuevamente a su casa y poseído por el pesimismo que pesaba sobre él, dió cuenta a su mujer del resultado de su entrevista, diciéndole al final:

—Yo no veo claro en este asunto y cada vez estoy más intrigado.

—Ahora recuerdo... Aquella noche tuve un gran dolor de cabeza... Debió ser, sí, aquella misma noche... Fué a mí a quien vió... Iba al médico de abajo...

—¿Y por qué no le llamaste?—preguntó su esposo.

—No sé — respondió ella—. Tal vez para no asustarte...

—¿Y qué tiempo permaneciste allí?

—Ya no recuerdo bien — respondió su mujer, que cada vez se veía más comprometida—. Me sentí tan mal...

—Pero es que el administrador no te vió ir a casa del médico, sino al piso de Balkany.

Su esposa no supo qué responder y bajó la cabeza ante la fuerza de la argumentación de su marido, que terminó diciéndole indignado:

—Es inútil que intentes salvarte... Tú eras la amante de ese Balkany...

Ella se levantó como si hubiese recibido la ofensa en pleno rostro y exclamó sin poderse contener:

—¿No es verdad!

—Entonces, si no eras tú... ¿Quién podía ser?... Voy a ver ahora mismo al juez...

Su mujer se abrazó a él y terminó confesando:

—Es verdad... Fui allí... Era su amante... Pero no le amaba... ¡Sólo te quiero a ti! Fui algo así como su prisionera... Me amenazaba con el escándalo... Quise acabar, liberarme, y, entonces...

—¿Le mataste tú?...

Ella bajó la cabeza, sin poder resistir más tiempo y el embajador se dirigió al piso inferior donde se estaba realizando otra revisión y se presentó al juez diciéndole:

—¿Ha encontrado usted algún indicio que le permita conocer al asesino de Balkany?

—Ninguno — respondió el juez —. Cada vez me voy convenciendo más de que se trata de un suicidio.

—¿Y en qué basa usted esa suposición? — preguntó el embajador.

—En que no ha dado ningún resultado la nueva revisión que hemos hecho en su casa. No cabe duda de que cuando Balkany se suicidó debía estar solo.

—¿Y sabe usted si tenía algún motivo para ello? — preguntó el señor Levat.

—Casi estoy en el secreto — replicó el juez —. Me he enterado de que Balkany tenía grandes deudas y de que los acreedores le agobiaban por su pago. Había buscado la manera de aplazar estos pagos, pero ya le era imposible. Se veía en una situación comprometida y antes de ver su nombre por los suelos prefirió pagar con la vida las deudas contraídas.

El embajador sonrió irónicamente y exclamó:

—Me sorprende mucho la intuición suya, señor juez.

—¿Por qué? — preguntó extrañado el juez, recordando al mismo tiempo la confesión que le había hecho la esposa del embajador —. ¿Acaso usted sospecha de alguien?

—Yo, de nadie — respondió el embajador —. Pero antes me gustaría saber todo el proceso. Debe haber, no obstante, alguna causa mayor que haya obligado a Balkany a suicidarse. ¿No cree usted que una mujer...?

—Le repito mi seguridad de que no ha existido tal mujer — insistió el juez.

El embajador se le quedó mirando fijamente y terminó diciéndole:

—No quiero detenerle en su inspección, cuando haya terminado de registrar todo el piso quiero hablar con usted.

El juez cada vez se hallaba más seguro de que el embajador se había dado cuenta de las relaciones que su esposa sostuvo con el actor. Pero por otra parte la declaración espontánea de la señora Lovat le hacía dudar de que hubiera sido sincera. De lo que sí estaba convencido es de que ella no había tenido participación en aquella muerte. Se preciaba de conocer a los culpables y la forma con que protestó la señora Lovat cuando él le preguntó si ella le había matado, le bastó para adquirir la certeza de que madame Lovat era inocente de aquella muerte.

Para evitar cualquier sospecha del embajador dió orden a sus agentes de que siguieran buscando, y al fin les preguntó:

—¿Han encontrado ustedes algo?

—Nada, señor juez — respondieron los agentes—. Ni un solo objeto que pueda indicar la permanencia de otra persona con Balkany en el momento de su muerte.

—Me temía esto — respondió el juez—. Todo hace creer que estamos perdiendo el tiempo en una busca inútil.

Dió orden a los agentes para que saliesen del piso, y al quedar solo se dirigió a donde estaba el embajador y le dijo:

—El nuevo registro no ha dado ningún resultado.

—Entonces — preguntó con cierta irónica sonrisa el embajador — ¿da usted por terminada su actuación?

—Absolutamente por terminada — respondió el juez.

—Y si algún día apareciera el culpable... ¿qué diría usted?

—Lo dudo, porque hasta la fecha todos los hilos que podíamos tener de un supuesto asesinato se han terminado.

—Sin embargo — exclamó violentamente el embajador—, yo le aseguro de que hubo crimen.

—¿Que usted me asegura que hubo crimen?

—Sí — respondió el embajador.

El juez esperó a que hablase el embajador, que continuó diciéndole:

—Mi esposa acaba de confesarme de que fué ella quien mató a Balkany.

El juez lo miró sorprendido. Al fin, al cabo de unos segundos, le dijo:

—¿Me permite que al pregunte?

—Puede usted subir si gusta.

Inmediatamente se trasladaron al piso del embajador y, cuando la esposa de éste vió al embajador, le dijo:

—Es inútil que me haga ninguna pregunta, porque nada diré:

—Sin embargo, usted ha dicho a su marido que fué usted quien dió muerte a Balkany. Y también ha declarado que a las seis dejó a su marido y que volvió a pie.

—Volví en auto — respondió ella.

El juez permaneció unos momentos en silencio y al final exclamó:

—Sosiéguese y responda con tranquilidad. ¿Recuerda usted el mobiliario del recibimiento de Balkany?

—Sí — exclamó ella —. Hay una percha, una mesita, una cómoda o armario...

—Bien, muy bien — repuso el juez.

—¿La puerta del salón, hacia dónde está?

—A la derecha, conforme se entra — respondió sin titubear la señora Lovat.

—Muy bien — siguió diciéndole el juez.

—¿Y los muebles del salón?

—Una mesa, un diván... unas butacas...

—No recuerdo... No sé nada más...

El juez se levantó de su asiento y mirando fijamente a la señora Lovat, le dijo:

—¿Usted no fué ni la amante de Balkany, ni le mató siquiera?

—El recibimiento no tiene cómoda alguna, ni armario...

Y ante la mirada de extrañeza del embajador y de su esposa aclaró sus palabras diciendo:

—El salón no tiene puertas y usted jamás estuvo en casa de Balkany.

Se volvió al embajador y le dijo:

—Señor embajador, su esposa se acusa porque quiere salvar a alguien...

Tuvo de pronto un repentino pensamiento y dijo:

—¿Puedo hablar con su hija?

—¿Con mi hija?—preguntó sorprendido el embajador—
¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Solamente le pido autorización para hablar con ella —
le insistió el juez.

Pero antes de que el embajador pudiera otorgar aquella autorización, su esposa se adelantó hacia la puerta del cuarto de su hija y gritó:

—¡No!... ¡Eso no!

Y abrazándose a su marido le explicó:

—Hazte cargo... ¡Su amante era ella!... ¡Sálvala!... ¡Sálvala tú, yo ya no sé hacer más de lo que he hecho!

No podía decirse que predominaba más en el ánimo del embajador en aquel momento. Si su dolor de padre, o su admiración por aquella mujer que había llevado hasta el límite humano su sacrificio para salvar a su hija. Por fin se superpuso a sus sentimientos y llamó a su hija, a quien le dijo:

—¿Quieres que decirme la verdad... ¿Qué sabes de la muerte de Balkany?

La muchacha, medio enloquecida por el sufrimiento que desde hacia tiempo venía padeciendo, no tuvo fuerzas para negar y exclamó:

—¡Yo le maté!

El juez se acercó a ella y le preguntó:

—¿Dónde le conoció?... Cállese y conteste todo lo que sepa, pero sin obcecación alguna.

La muchacha quedó unos segundos en silencio y por su mente desfilaron todos los hechos que precedieron a la muerte de Balkany y sus amores con él.

COMO MURIO BALKANY

Después de aquel corto silencio, empezó diciendo:

—Le conocí en la escalera. Bajaba yo un día cuando le oí cantar dentro de su piso y me quedé parada para escuchar

hasta el final la canción. Antes de que terminase salió él y al verme allí, me dijo:

—¿Le gusta mi voz, señorita Lovat?

Yo le respondí que sí y él siguió diciéndome:

—Pues puede usted entrar... Ha oído usted un disco mío, pero con mucho gusto cantaré para usted.

Desde aquel día empecé a frecuentar la casa de Balkany y llegué a amarle. Después me di cuenta de que él no me amaba a mí y que sólo quería casarse conmigo para poder figurar en la misma sociedad que yo. Esto me decepcionó y quise huir de él, pero Balkany me asediaba por todas partes y me amenazaba con declarar a mis padres nuestros amores.

Una vez sorprendí cierta conversación y cuando fui a verle le pregunté:

—¿Qué es lo que hablabas con el administrador en el ascensor?

Él se echó a reír y me dijo:

—No temas, no descubrí tu nombre. Solamente le dije que buscaba la centena y me tocó el "gordo".

Llamaba centena a mi madre y a mi el "gordo". Desde entonces hice propósito de no volverlo a ver más y estuve dos días sin verle. Al tercero estaba yo en el piano cuando me llamó por teléfono, me amenazó con venir a casa y, ante el temor de que lo hiciera, le prometí bajar yo aquella tarde. Lo hice así y le encontré echado en su amaca. Me senté junto a él y me preguntó:

—Quiero que hoy mismo anuncies nuestra boda.

—Ya te he dicho que no lo haré nunca — le respondí.

Se levantó agitadísimo y me preguntó:

—¿Dices que no?

—Ya te lo he dicho — respondí—. Prefiero morirte a ser tu mujer.

Se echó a reír irónicamente y exclamó:

—Lo comprendo todo... Te niegas porque no soy de tu misma sociedad, ¿verdad? Pues si tú no la anuncias iré yo mismo a ver a tu padre.

—Y así podrás declararte otra vez a mamá — le dije—. Por más que eso no te interesa. Lo importante para ti es el dinero para pagar todas tus deudas... Quieres mi dote.

Balkany abrió un cajón de su armario, sacó una pistola y me la enseñó diciéndome:

—Sigue en esa actitud y te mato.

Pero yo no me amedranté por ello y le respondí:

—¿Para qué sacas ese revólver?... ¿Para asustarme?...

Guárdalo para tus películas.

Entonces volvió el arma hacia él y me dijo:

—Accede a casarte o me mato...

Yo no le hice caso, estaba convencida de que todo aquello era una pura comedia y le respondí:

—¿Cuántas veces hiciste esta escena...? No tirarás, hay que ser hombre y tú no lo eres.

Apenas hubo terminado de decir esto, sonó un disparo y cayó desplomado a mis pies...

Casi al mismo tiempo sonó el timbre del teléfono, corrí a descolgar el auricular y oí la voz de su criado que lo llamaba urgentemente. Dejé entonces el auricular descolgado y subí corriendo a mi casa... Al poco entró mi madre y, al oír las voces de socorro, comprendí que todo se había descubierto y le confesé la verdad.

El juez quedó un momento pensativo. Comprendía que, después de todo lo confesado, no podía acusarse a aquella mujer de haber dado muerte a Balkany. El médico había tenido razón al decir que se trataba de un suicidio y acariiciando paternalmente a la muchacha, le dijo:

—Tranquílcese usted... Del crimen que usted NO cometió se ha acusado su misma madre. Mi misión ha terminado... La justicia las dejará tranquilas...

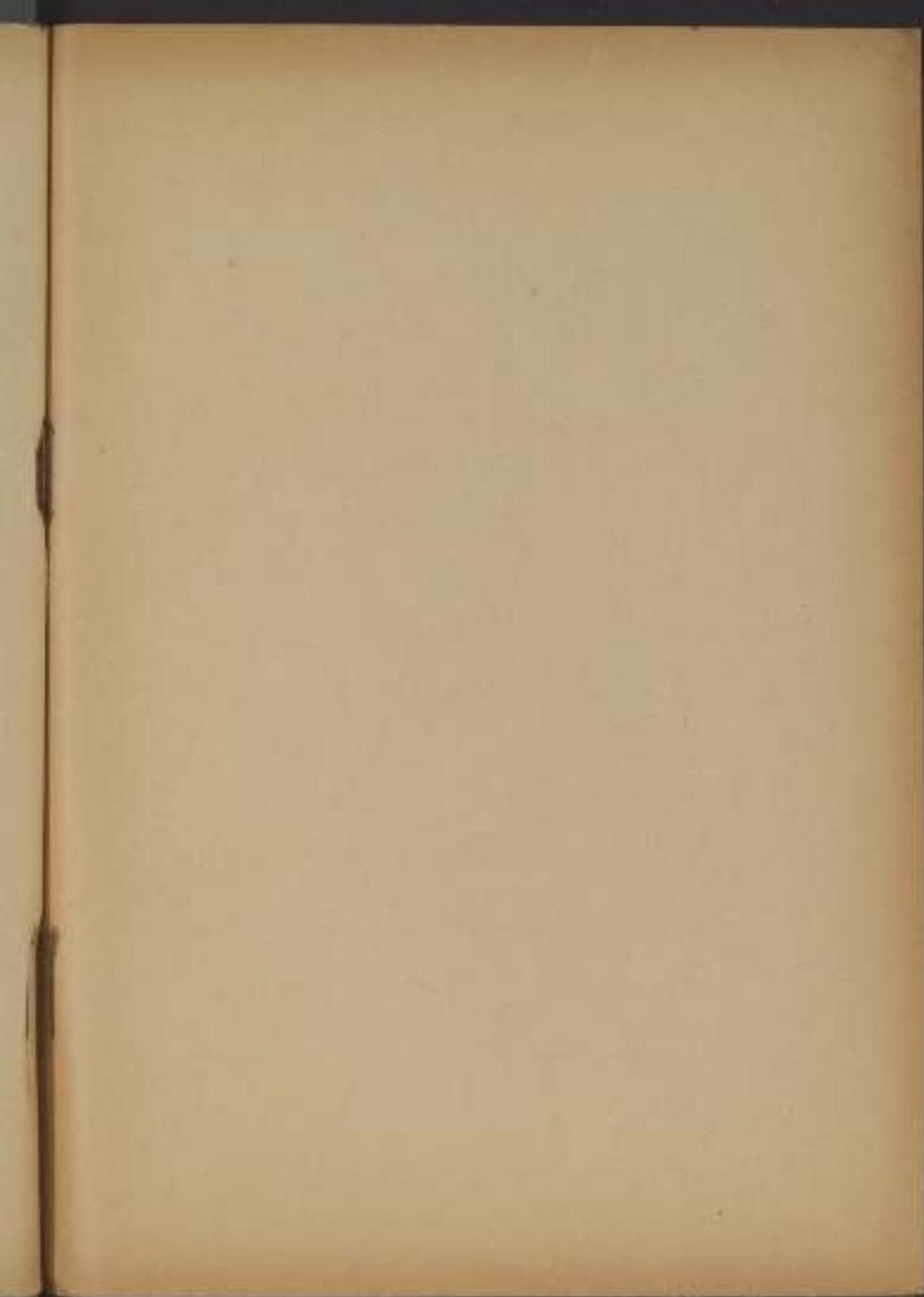
Se despidió de los señores de Lovat y la esposa se abrazó a su hija diciéndole:

—Yo también tengo alguna culpa, hija mía, por no haberte cuidado como debía, pero desde hoy no te separarás más de mi lado... Tú eres joven y podrás olvidar fácilmente...

Y el embajador, atrayendo hacia él a su mujer, la besó en la frente, mientras le decía:

—Eres mucho mejor de lo buena que yo te hacía.

FIN



PRONTO!

**CLAUDETTE COLBERT
WARREN WILLIAM
HENRY WILCOXON**



El film de los
30 millones

CLEOPATRA



La novela cinematográfica cumbre de cada temporada, que como siempre será editada por

**Ediciones
Biblioteca Films**

¡¡CLARO!!

PRECIO
ACTUAL 1. -- Pts.